



XXVI  
PREGÓN  
TAURINO

SEVILLA 2008

ARTURO PÉREZ-REVERTE



Cartel "Toros en Sevilla", 2008.  
Obra del pintor Miquel Barceló. Medidas: 57,3 x 76 cm



SEVILLA      TEATRO LOPE DE VEGA  
**XXVI PREGÓN TAURINO**

DOMINGO DE RESURRECCIÓN, 23 DE MARZO DE 2008

PREGONERO **Don Arturo Pérez-Reverte**

PRESENTADO POR **Don Carlos Herrera Crusset**

con la colaboración de la Banda Municipal de Sevilla

EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE SEVILLA Y  
REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA DE SEVILLA

Cartel del XXVI Pregón Taurino, Sevilla 2008.  
Diseño gráfico Mauricio D'Ors.

ARTURO PÉREZ-REVERTE

XXVI  
PREGÓN TAURINO  
SEVILLA, 2008

TEATRO LOPE DE VEGA  
23 DE MARZO DE 2008

Como dijo hace años, citando muy oportunamente a un escritor inglés, alguien que me precedió en esta honrosa faena a la que hoy me enfrento: "*Esto es como estar casado con una duquesa* (se refería a una duquesa inglesa, por supuesto) *El honor es mayor que el placer*".

Y es cierto. No resulta fácil, ni cómodo, asumir la responsabilidad que manos presuntamente amigas han ayudado a poner sobre mis hombros y mi limitado talento, encomendándome nada menos que el vigésimo sexto (si no me fallan las cuentas) pregón taurino de la feria de Sevilla, en un escenario como éste y ante un auditorio tan abrumador e imponente.

Podía haber eludido esa responsabilidad con un breve y torpe capotazo, recurriendo al clásico "*non sum dignus*, y doctores tiene la Iglesia".

Me habría ahorrado este mal trago.

Pero se trata de Sevilla, y por ahí me engancho el pitón.

De una Sevilla de la que, como creo haber probado en numerosas ocasiones por escrito (que es mi forma de probar las cosas), estoy loca, perdidamente enamorado.

Así que aquí me tienen. Intentando corresponder lo mejor que puedo al reclamo, dulce siempre, de una ciudad que se infiltró en mis venas hace ya mucho tiempo, una noche, casi de madrugada, que detuve el automóvil en una plaza desierta y silenciosa donde se orillaban una catedral, un alcázar, una mezquita árabe y una vieja sinagoga.

La única ciudad del mundo donde puede tener lugar este diálogo delicioso e imposible que mi querido Antonio Burgos incluye en su libro *Sevilla*:

*¿No hueles los jazmines?  
¿Cuáles, si no hay jazmines?  
Los que estaban aquí antiguamente.*

Pero estamos aquí, en principio, para hablar de toros. De la temporada taurina que hoy empieza en la Maestranza.

Lamentaría decepcionar al respetable, pero debo decir que, en realidad, yo de toros sé muy poco. O lo justo.

Decir, en Sevilla o en España, que uno sabe de toros, es fácil. Basta la barra de un bar y un par de cañas. Sostenerlo resulta ya más complejo. Sostenerlo ante este auditorio sería un atrevimiento absurdo. Una arrogancia extrema.

Yo de lo único que sé es de lo que sabe cualquiera que se fije. De animales bravos, de temple y de hombres valientes. El arte viene luego, y eso, con permiso de ustedes, se lo dejo a los que saben.

De las palabras bravura, temple y valor, sin embargo, puede hablar todo el mundo. O casi todo el mundo.

De eso hablaré hoy, dentro de un rato.

Antes, permítanme dejar claras un par de cosas. Algún recuerdo de infancia y mi opinión sobre toros, y toreros.

Lo de mi infancia es, supongo, lo de algunos de ustedes. O parecido.

Tardes de domingo en Cartagena en las que el abuelo, vestido de oscuro como se vestían antes, cada domingo, los abuelos como Dios manda, cogía el sombrero panamá y se metía dos puros en el bolsillo superior de la chaqueta. Luego, tomándome de la mano, salía a la calle y caminábamos cuesta arriba, entre la gente, detrás de las mulillas y la banda de música que recorrían la ciudad camino de la plaza.

Eran tiempos muy distintos a los de ahora, tanto para bien como para mal.

Lo políticamente correcto estaba todavía tan lejos como la luna.

Los psicoterapeutas, psicopedagogos y psicodemagogos todavía no se habían hecho amos de la educación infantil.

Nadie obligaba a los niños varones a jugar con cocinitas y nancys para evitar que fuesen repugnantes machistas y ciudadanos ejemplares en la edad adulta.

Los reyes magos (los reyes magos de antes eran reyes sin complejos) usaban el papel de fumar sólo para liar tabaco. Nos ponían, a los afortunados, pistolas de vaquero, soldaditos de plástico, caballos de cartón y espadas. Cosas así.

Hasta trajes de torero, ponían a veces.

Ya he dicho que, lo mismo para bien que para mal, eran otros tiempos. Tiempos en los que nadie ponía objeciones a que un niño fuese a los toros con su abuelo.

Aquel niño que fui (que fuimos, muchos de nosotros) se llenó los ojos y la memoria con el espectáculo fascinante que se desarrollaba en el albero.

El color, la luz, la música, el público abigarrado en los graderíos y barreras, aplausos y pañuelos blancos agitándose en toda la plaza, el resonar de los cuernos del toro golpeando el burladero, la sangre chorreando por su lomo y manchando la arena, el valor y el miedo, el pundonor y la vergüenza, el fracaso y la gloria.

La soledad del héroe, el torero y su enemigo en el centro del ruedo.

De la mano del abuelo, aquel niño aprendió en las plazas de toros algunas cosas útiles sobre la vida y la muerte, sobre el coraje y la cobardía, sobre la dignidad de hombre que se arriesga y la del animal bravo que lucha hasta la muerte.

Aquel niño vio a hombres quedarse quietos, como clava-

dos al suelo, con la muerte a tres centímetros de la femoral.

Vio a toreros retroceder con traspíés, intentando librarse del enemigo con infames bajonazos, y vio a otros levantarse del suelo heridos o maltrechos, ajustarse el corbatín mirando hacia la nada, y entrar luego a matar, o a morir, con la misma naturalidad y desapego de quien entra en un bar y pide un vaso de vino.

Así, aquel niño aprendió, en resumen, a mirar. A ver cosas que de otro modo, con otra educación, nunca habría visto. A valorar todas esas palabras que acabo de citar.

Valor, dignidad, vergüenza torera. Vida y muerte como algo natural, consustancial a la existencia de hombres y animales.

Y las formas, tan variadas como la propia naturaleza, de enfrentarse a ellas.

Historias contadas por el abuelo, coplas como *Capote de grana y oro*, topónimos como Linares o Talavera, nombres como *Bailaor*, o *Islero*, que el niño repetía con la aplicación de quien recita en voz alta una lección aprendida y apasionante, completaban aquella educación visual, sensorial, íntima. La contextualizaban más allá de la simple anécdota. Del simple espectáculo.

Lo de menos, al cabo, fue el escenario. No había diferencia al fin, concluyó aquel niño, entre la gran plaza rugiente de atestados graderíos y el humilde cercado de una miserable plaza de pueblo con sol y moscas. Lo que le interesaba de cuanto allí ocurría era más personal y privado.

Hombres enfrentados al miedo y a la muerte, animales peligrosos que traían cortijos en los lomos o mutilación, fracaso, miseria y olvido en los pitones.

Valor y miedo.

El hombre peleando, como desde hace siglos lo hace, por afán de gloria, por hambre, por vergüenza.

Sin todo aquello, aquel niño nunca habría podido escribir, muchos años después, en una novela que habla precisamente de Sevilla, estas líneas que me van a permitir ustedes citar, o autocitar, ahora:

*"Veintitantos años atrás, durante una bronca impresionante en una plaza de mala muerte, cuando su apoderado le dijo aquello de si no te mata el toro, desgraciado, te mata el público a la salida, el Potro del Mantelete, con el sudor en la cara y el miedo en los ojos, se había ido a los medios con la muleta en la cintura para quedarse allí, inmóvil, hasta que el mor-*

*laco —Carnicero, se llamaba— se le vino encima, y con la cuarta y última cornada de su carrera lo sacó para siempre de la plaza y de los toros. Después, episodios similares fueron añadiendo cicatrices a su cuerpo y a su memoria en el pugilismo, en el Tercio y en el penal del Puerto de Santa María. Porque si es cierto que la materia gris del Potro del Mantelete tenía las mismas luces que un trozo de madera, en su caso era ésta, sin duda, madera de héroe".*

La vida me llevó más tarde por otros caminos, más bien ásperos. Lugares donde la muerte, el combate, no se ofrecía a los sentidos como espectáculo, sino como cruel manifestación de la naturaleza humana. Como prueba de las reglas terribles e implacables que rigen el mundo, desde que éste existe, y seguirán rigiéndolo hasta que se extinga.

Durante veintiún años, mi trabajo tuvo como escenario la amplia y devastada geografía del desastre. Tuve ocasión allí de observar, de modo mucho más intenso, todo aquello que había descubierto, o intuido, en el ruedo de una plaza de toros.

La Tragedia, con mayúscula, como elemento de un código natural e inmutable.

Las reglas, descubrí con asombro, eran las mismas. Las mis-

mas palabras: dignidad, coraje, resignación, vida y muerte.

Comprendí, o afiancé, la certeza de que esas palabras, dignidad y valor, son las únicas que no pueden, de ningún modo, comprarse con palabras, con apariencias o con dinero.

Cuando todo se va al diablo, cuando el pitón de la vida se acerca a esa femoral de la que antes hablaba, sólo el valor y la dignidad distinguen a un ser humano de otro.

Esas dos palabras, valor y dignidad, constituyen la única, la máxima, la verdadera aristocracia del género humano.

Sé que el objeto de todo pregón, o al menos uno de ellos, suele ser halagar a su auditorio. Pero éste no es el caso.

No pretendo que estén de acuerdo conmigo.

Cada uno habla de lo que ve. De aquello en lo que cree. Y esto es lo que yo veo, y en lo que yo creo.

En las plazas de toros de mi infancia aprendí a valorar, o empecé a hacerlo, las cosas que hoy valoro. Las cosas de las que les hablo. Por eso, al hilo de cuanto les acabo de decir, cuando alguien me habla de la fiesta de los toros en España, respondo: aficionado, sí. Lo soy. Pero ojo. Según y cómo.

Pues, como decía un filósofo del pueblo, una cosa es una cosa; y otra cosa, es otra cosa.

Recuerdo las *charlotadas*. Otra lección de la infancia. Ignoro si todavía hoy se celebran esa clase de espectáculos: payasos en el ruedo, el Bombero Torero, enanos con traje de luces, pobres torillos miserables atormentados entre carcajadas infames de un público estúpido, irrespetuoso y cobarde.

No nace un toro para morir así, entre la rechifla del respetable. Nada recuerdo de hermoso, ni de mágico, ni de educativo, en aquellos lamentables espectáculos.

También detesto con toda mi alma los toros de la Vega de Tordesillas y otras fiestas populares semejantes, en las que un animal indefenso es torturado hasta la muerte por la chusma que se ceba en él.

Insisto: los toros no nacen para morir así.

En mi opinión, un toro nace para morir matando, si puede. No para ser acuchillado impunemente por una turba de borrachos o por el primer cobarde que pasa.

Por gente que nada arriesga en el acto de matar.

Un toro nace para pelear con la fuerza de su casta y su bravura, dando a todos, incluso a aquel que lo mata, una lección de vida y de coraje. Para vérselas cara a cara con alguien que le sobrevive, lo vence, sólo con talento, intuición, arte, experiencia, valor y temple.

Por eso, lamentablemente (y estoy seguro de que ustedes entienden muy bien lo que digo), a veces tienen que caer toreros. Es la prueba, el contraste de ley.

Si la muerte no jugase la partida de modo equitativo, parejo, nada de todo esto tendría sentido, y el espectáculo taurino sería sólo eso: un espectáculo. No el rito trágico y fascinante que permite asomarse, para el observador atento, a los grandes misterios de la existencia, de la muerte y de la vida.

Ese torero erguido en el centro de la plaza, solo frente a su enemigo. Y el silencio.

Acabo de pronunciar otra palabra clave: silencio.

Una razón por la que no me gustan demasiado ciertas plazas de toros, ciertas corridas de las que se celebran en fiestas

patronales es la actuación de algunas peñas que llenan los graderíos de la plaza: los bombos, el estruendo, las murgas.

La merienda y la embriaguez en plena corrida.

La ausencia de respeto hacia lo que está ocurriendo en el ruedo.

Hacia el torero que se juega la vida y lo que para algunos es más importante: la reputación.

Hacia el hombre y el toro que se estudian, se enfrentan y combaten.

Sólo el silencio, esa especie de comunión, espesa el vínculo entre la tragedia del albero y los ojos, los sentidos, de quienes, desde lejos, asisten al misterio de ese rito impasible.

Por eso desprecio tanto a quienes lo quiebran, o lo infaman. A quienes lo hacen imposible.

En palabras de Lope de Vega y de Quevedo, al *ciego y necio vulgo* incapaz de respetar la esencia de los grandes misterios.

Quiero decir con esto que soy, como ven, aficionado,

modesto, a los toros, pero no a cualquier clase de toros.

No a cualquier clase de lo que llamamos fiesta.

Me gustan los toros bravos hasta la muerte y los toreros tranquilos, lentos, callados y valientes que se les arriman.

Hombres cuajados que se visten por los pies, aunque apenas tengan diecipocos años, entre los que al cabo del tiempo raro es el que no tiene marcas en la carne o en la memoria.

Sólo eso justifica la muerte de un animal tan noble y hermoso. Todo lo demás, a mi juicio, es folklore barato y es carnicería.

No soy un tipo de lágrima fácil. Rara vez se me han empañado los ojos en público: cuestión de forma de vida. De maneras, supongo.

No sólo los toreros tienen una reputación que mantener.

Sin embargo, una vez mojé las gafas de sol en una plaza de toros.

Ocurrió en Burgos, hace pocos años. Estaba en el ruedo Enrique Ponce, y allí se indultó a un toro, cuya casta y nobleza lo hacían digno de seguir vivo.

Ni siquiera aplaudí.

Me quedé allí en la barrera, inmóvil, callado, bebiéndome la escena con los ojos.

El torero inmóvil frente al animal, que lo miraba aún con la cabeza erguida, firme sobre sus patas, como preguntándose, en su primitivo instinto, si era todavía hora de seguir luchando.

Esa es la fiesta de los toros que yo amo. La del respeto y el valor premiado. La de la muerte digna, cuando llega para hombre o animal.

La de hombres como aquel matador de toros bravos que, en Pozoblanco, frío y cabal entre el desconcierto de todos, le decía al médico (y cito de memoria) "Doctor, usted a lo suyo".

Maneras. Temple.

Palabras fundamentales, y más en los tiempos que corren.

Algo que me admiró siempre es la educación singular de los toreros, o de buena parte de ellos. Su actitud dentro y fuera del ruedo. Su manera de situarse ante la vida. Como si, al menos en apariencia, tuvieran todo el tiempo del mundo para esperarla allí donde los acomete.

Cuando el actor Viggo Mortensen vino a España para preparar su personaje del capitán Alatraste, mantuvimos varias conversaciones en las que me preguntaba por la mejor forma de cuadrar el carácter y maneras de aquel estoico espadachín del siglo XVII.

"Lo único que en la España actual tiene algo que ver con aquello —le dije— es un torero".

Se lo tomó en serio. Como, además, el director de la película, Agustín Díaz Yanes, era hijo de un torero, todo fue fácil. Lo puso en contacto con el mundo taurino.

Viggo mantuvo largas conversaciones con matadores de toros, asistió a corridas. Quienes hayan visto la película y la magnífica actuación de Viggo Mortensen, su gallarda actitud en la escena final, por ejemplo, sabrán muy bien a qué me refiero.

Pero llevo la mitad de este pregón, o como queramos llamarlo, de la Maestranza en el año 2008 y me he limitado a hacer reflexiones en voz alta. No les he contado apenas nada. Y lo mío es contar historias.

Quizá deba emplear el tiempo que me queda en contarles una.

Hace mucho tiempo tuve el privilegio de conocer de cerca a un torero. Se llamaba (se llama) Juan Antonio Ruiz *Espartaco* y en aquel momento era (supongo que lo sigue siendo) una de las mejores personas que he conocido.

Él tenía entonces 32 años.

Lo acompañé durante un pequeño período de su vida profesional, de hotel en hotel, de venta de carretera en venta de carretera, y de plaza en plaza.

Yo quería comprender qué pone a un hombre frente a un toro. Sus reflexiones.

Hoy quisiera contarles a ustedes algunos de esos pensamientos de un torero. De esas reflexiones espontáneas, casi confidenciales, sobre lo que les he estado comentando antes.

Sobre el valor, la dignidad y la condición humana.

Sí. Quisiera ofrecérselas a todos ustedes.

En realidad no pertenecen sólo a *Espartaco*. Estoy seguro de que pueden ser puestas en la boca, o en la mente, de cualquier hombre de los que se juegan la vida en una plaza de toros.

De los que hoy, esta misma tarde, hacen el paseíllo en la Maestranza.

Por eso voy a contárselo a ustedes a modo de pequeña historia.

*"Hoy vamos a tener viento", dice el torero (el que sea) apenas se despierta, mirando por la ventana del hotel con ojos de sueño. "El viento (añade) es algo que me preocupa siempre. La gente no sabe lo importante que es luego, en la plaza. El viento mata más que las intenciones de los toros".*

Los días de corrida, como hoy, este torero no desayuna. Se queda en la cama o viendo la televisión, esperando el regreso de la cuadrilla, el informe sobre los toros que le han tocado en suerte, el estado de la plaza, el tiempo.

Y el viento.

Frente a él, en dos sillas, hay dos vestidos de torear, dos trajes de luces: azul y oro el uno, mercurio y oro el otro. Al lado, sobre la cómoda, está desplegada la pequeña capilla portátil que cada torero lleva consigo: vírgenes, cristos, una cruz, imágenes, un mazo de veinte o treinta estampas, una oración mecanografiada.

Entre santos y vírgenes, dos fotos: la mujer con una niña, la mujer con la otra.

*"Cuando te levantas (dice el torero) sabes, incluso antes de en qué hotel o en qué ciudad estás, que es un día diferente. Por la noche no descansas; el sueño te va y te viene. Después, cuando te despiertas, miras el reloj. Siempre estás constantemente mirando el reloj, y piensas: a esta hora van para la plaza. A esta hora se están sorteando. A esta hora enchique-  
ran... Cuando abro los ojos las mañanas de corrida, lo primero que hago es telefonar a casa, a mi mujer y a mi madre. Y luego me pongo a esperar".*

A esta misma hora, en los chiqueros de la plaza, el apoderado morderá un puro acodado en un burladero junto al padre del torero, o junto a su peón de confianza, mirando los seis toros que van a entrar en el sorteo para la tarde, apuntando sus características en esa libreta que todos los taurinos llevan en el bolsillo la mañana de toriles.

Allí habrá calor, y polvo, y gritos de los mayores, y ruido de pitones al chocar contra las tablas.

*"Alguna vez (dice el torero). he tenido remordimientos por matar un toro. En la plaza eso te pasa menos, porque estás delante del público; pero a puerta cerrada si me ocurre a*

*veces. La verdad es que mi oficio es matador de toros, pero no me gusta matarlos. Si ha sido un toro malo, que los hay, uno traidor y peligroso, pues lo matas y es un alivio. Le montas la espada y te quedas en la gloria, descansas. No odias al toro porque sabes que no tiene él la culpa, que así es tu vida y la suya. Lo que pasa es que algunos con los que lo pasas muy mal dices bueno, éste ya no me hará sufrir más... Pero si ha sido noble me da pena matarlo, porque a veces, ¿sabes una cosa?... A veces se entabla con algún toro una relación casi de amistad. De respeto. En mi vida he matado unos tres mil. Y a muchos no me ha dado ningún gusto mirarlos a la cara y decir: ahora te voy a matar”.*

Es pasado el mediodía. En este momento, en el patio de caballos de la plaza, los picadores, están probando las varas y los caballos mientras uno de los banderilleros cierra los ojos rezando en silencio al sacar de un sombrero cordobés dos bolitas de papel de fumar con un número cada una: el 37 y el 17.

El apoderado y el padre, o el peón de confianza, decidirán echar por delante el 37, más bajo, con más cuello.

Aunque vete a saber. Porque a los toros hay que catarlos como los melones, para saber qué llevan dentro. El que parece bueno suele ser regular, y el regular a menudo sale bueno. En cuanto al malo, ese siempre sale malo.

*"Con los toros (dice el torero) no puedes relajarte nunca. No hay dos iguales. Tú puedes intuir lo que va o no va a hacer un toro según hayas matado a sus hermanos a lo largo del tiempo, pero nunca puedes estar seguro de nada. Fíjate que las cornadas más graves siempre las dan toros buenos y nobles que te cogen descuidado, porque tienen cara guapa y maneras de nobleza, y te confías. El otro, el toro peligroso que anda buscándote y está loco por cogerte, por herirte, ese te tiene siempre alerta".*

En la habitación del hotel, el torero se ha puesto un pijama y conversa con la espalda apoyada en la pared, como un guerrero sin retirada posible. Le gusta el campo, la caza, cuenta. Un safari, cazar en África, es un sueño que todavía no ha podido permitirse. Algo en Kenia, con leones o elefantes, como en las películas que veía cuando era pequeño.

De pronto se queda serio y se le vacían los ojos. Ha vuelto a ver al toro.

*"Hay un miedo general y un miedo físico, concreto (confiesa el torero) El miedo concreto, muscular, que sientes en la parte del cuerpo donde se te puede clavar el pitón. Y sobre todo el que viene cuando repites lo que ya te costó una cornada... Por eso, lo importante en una cogida es saber por qué ha sido. Y si te fijas, si lo piensas, casi siempre se sabe. Por eso,*

*cuando te han herido y vuelves a la plaza, hay que hacer lo mismo que hiciste cuando te hirieron. Vas al toro y lo provocas y le haces exactamente lo mismo, procurando esta vez no repetir el error. Si no haces eso, si le huyes a ese momento, vas sumando percances sin resolver. Vas sumando miedos. Y entonces estás acabado".*

Una camarera llama a la puerta de la habitación, mira un instante al matador curiosa, avergonzada, y desaparece con una disculpa y una sonrisa.

El torero se remueve un instante, incómodo. A estas horas, a la puerta de un torero sólo tiene derecho a llamar su cuadrilla.

*"Yo (dice el torero) adivino el lote que me ha tocado por la forma que tienen de llamar a la puerta cuando vienen a contármelo... Hay días con suerte y días sin ella. Yo creo que la suerte es justa. A la larga siempre viene repartida, pero no sirve para nada si no estás preparado y sabes qué hacer con ella. Además, nunca avisa cuando va a llegar. Uno tiene que prepararse para reconocerla y aprovecharla, con trabajo y sacrificio. A la edad en que otros van a divertirse, o a bailar, tú te preparas para cuando estés delante de un toro. Yo le di al toro mi infancia y mi juventud, desde los doce años. Mi único lujo ha sido casarme y tener dos hijas".*

La palabra *hijas* no cambia el tono, ni el vacío de su mirada. No hoy, ni a estas horas. No esta mañana, con los trajes de luces colgados en las sillas y la capilla extendida sobre la cómoda, y con ese viento que agita suavemente los visillos de la ventana.

Los hijos te hacen vulnerable, y la imagen de un hijo no se conjuga con el aliento y los cuernos de un toro. Eso queda para antes, y para después.

*"Cuando tienes hijos (dice el torero) la vida cambia un poco. Así que los días de corrida tienes que procurar que eso no te afecte. Que no te cambie aquello de lo que depende tu salud. Quieres que se sientan orgullosos de tí, pero también quieres verlos crecer, y no siempre las dos cosas son compatibles para un torero. Quiero decir que procurar que se sientan orgullosos de ti puede impedirte verlos crecer o volver a verlos nunca. Por eso, con hijos cuesta más trabajo salir de casa, dejarlos allí e irte a torear. Encontrarte la cara de tus hijos junto a la del toro es muy peligroso".*

Va llegando la cuadrilla a la habitación del hotel. Rostros curtidos, arrugas en torno a los ojos, de esas que deja el miedo de tanto mirarle la cara. Todos llevan al cuello gruesas cadenas de oro con vírgenes, cristos y santos. Cuarenta, cincuenta y pico tacos muy bregados mordiendo capotes bajo el

sol y las moscas, en plazas repartidas por la vasta geografía del toro, temporada a temporada.

Toreros de Solana, perfiles gallardos y oscuros, acentos andaluces con ceceo y hechuras de hombres muy hombres, cabales como la gloria de su madre.

Figuras que pudieron ser y no fueron, leales peones de brega a la sombra del maestro, profesionales con lo que hay que tener.

Subalternos.

*"El 37 es un toro muy bajo, maestro (le dicen). Bonito de cara. El 17 es un salpicao, poca cosa, más abrochaíto, pero se le ve noble también".*

El torero empieza a vestirse para comer y mira a los ojos de su padre, o del peón de confianza, y éste asiente despacio, saca la libreta del bolsillo, le cuenta lo de cada toro. Uno encajó los cuernos en la puerta de los toriles y estuvo a punto de partirse el pitón derecho. Sólo ha quedado escobillado, una astillita, pero no se la van a tocar. Mejor dejarlo tal cual, para que la gente lo vea, y luego no haya malentendidos.

*"Yo (dice el torero) nunca he odiado al público en una*

*tarde mala. A veces te sale un toro que no hay manera, y tú te esfuerzas, y la gente no se da cuenta del esfuerzo que haces; no comprende que te juegas la vida por agradar. Pero nunca me lo tomo como algo personal con ellos. He podido contrariarme, encorajinarme, decir: no saben lo que están diciendo, lo que están viendo. Me están faltando el respeto sin justicia y sin motivo. Pero yo al público lo he considerado siempre, en las tardes buenas y en las malas. Por eso muchas veces le echas voluntad y te la juegas por vergüenza mientras el público te grita y te insulta, y tú tienes que aceptarlo, porque los toros son de esta manera y el público tiene perfecto derecho a no saber".*

Hay que comer algo. Cuando el torero está listo, bajan. El padre del torero fuma un cigarrillo junto a la ventana, observando la calle con ojos entornados, atentos. "Hay aire", murmura el padre como para sí mismo.

Horas antes, el padre me ha confesado que a veces le cuesta mucho decirle a su hijo la verdad. Cosas como arrímate, hoy tienes que jugártela, la faena está en ese pitón izquierdo. Cosas así. Pero lo peor sería engañarlo, dejar que el padre se imponga sobre el torero, decirle venga, mávalo y olvídate.

Para un padre es muy duro decirle al hijo ese tipo de

cosas, gritárselas desde la barrera cuando los tendidos dan bronca y uno se juega el nombre, la fama y la vergüenza además de la vida, y sabes que a tu hijo puede matarlo el toro por hacerte caso.

*"Hay días (dice el torero) que por la plaza, por la corrida o por la fecha, te dices: hoy me puede matar el toro. Hay plazas que imponen mucho. Lo que pasa es que luego vas a otra plaza pequeña donde el público sólo tiene una corrida para ir a ver, y tú sales y te das cuenta de que tienes mucha más responsabilidad que en las grandes. Por eso un torero como Dios manda se la juega en cualquier parte, y muchas veces a una figura la matan en una plaza pequeña".*

Un banderillero insiste en que el número 17 es toro muy apaño, muy abrochaíto. Aunque en los toros, los pitones son lo de menos. Lo que cuenta es lo que hay detrás. Lo que empuja los cuernos.

La cuadrilla se cruza con la de otro torero en el vestíbulo, donde empiezan a congregarse los curiosos y algunos periodistas. Apretones de manos y palmadas en la espalda: cordiales entre sí los subalternos, graves y contenidos los maestros.

Nadie en el mundo sabe guardar las formas como la gente del toro.

*"Claro que hay rivalidad (dice el torero). Pero hay, sobre todo, compañerismo y respeto. A veces, para congraciarse contigo, te viene alguno de afuera hablando mal de otro torero, y tú lo pones en su sitio, o lo hace alguno de la cuadrilla, en el acto. Ningún torero consiente que delante de él se falte a otro. Desde el matador hasta el último subalterno, el sólo hecho de ponerse delante del toro merece un respeto".*

Es curioso lo mucho que usan los toreros la palabra respeto. Casi todos se harían matar por esas siete letras.

Por lo general, la gente cree que, en la plaza, a un torero lo coge un toro por dinero, o por afición. Pero la gente se equivoca. A la mayor parte de los toreros los cogen por pundonor; por su reputación. Por respeto.

Comida frugal en el restaurante del hotel. Agua, nada de vino, y platos ligeros. El padre apenas prueba los platos; fuma y mueve las manos, inquieto. Parece que fuese a torear él.

Por su parte, el torero come despacio, como si meditase cada bocado.

*"Yo quería ser futbolista, fíjate (dice el torero). Lo de matador de toros lo empecé sin querer, sin afición, porque en mi casa había necesidad. No es que pasara hambre, pero necesi-*

*dad sí había mucha. Así que me dije: hay que echarle una mano a esto. Si no es por esa necesidad, yo nunca habría pasado el miedo que he pasado ni hecho los esfuerzos que he hecho. Porque yo era el más medroso del mundo, y lo sigo siendo; no lo puedo remediar. A veces miro al toro y me digo que soy incapaz de ponerme delante. Pero éramos seis hermanos, y yo pensaba: hay mucha gente que depende de ti".*

En este punto, el torero hace una pausa, se vuelve a mirar a su padre, que apenas ha probado la comida, sonrío y añade:

*"Ahora, pues ya ves lo que son las cosas. Mi padre aquí, emocionado y sin comer cordero, adelgazando en cada temporada. Toda la vida luchando por comer, y ahora que puede comer, no come".*

Al oír eso, los ojos del padre, se humedecen con un brillo delator. Se remueve en el asiento, carraspea incómodo, murmura algo del humo del cigarrillo y, aplastándolo en el cenicero, se levanta y da unos pasos por el comedor, como si buscara algo.

El torero mastica despacio un trozo de cordero mirando a su padre, y después sonrío de nuevo y te dice:

*"Nunca le he dicho a mi padre: te he devuelto lo que hiciste por mí. Pero él lo sabe, y yo lo sé. Eso es mejor que triunfar; o mejor dicho, triunfar es exactamente eso: mirar a tu padre y que él te mire a ti, y no decirlo nunca y saberlo los dos".*

Después de comer, el torero se echa a dormir la siesta hasta las seis menos cuarto. A esa hora, lo despiertan y empieza el rito. Todo transcurre lento, con movimientos repetidos mil veces, precisos y tranquilos. Los leotardos y las medias. La ceñida taleguilla que se ajusta como una segunda piel, con los testículos bien plantados, cargados sobre la ingle derecha.

El silencio es absoluto.

La camisa. El fajín. Junto a la ventana, los vestidos de torear relucen una y otra vez cada vez que la sombra del mozo de espadas se desliza sobre ellos. Hoy es azul y oro.

La mirada del torero está fija, absorta en dos números, el 37 y el 17, que hasta esta mañana no significaban nada, y que ahora son las cifras de su futuro inmediato —el único que cuenta— y de su vida.

Un futuro escrito en las dos caras rizadas y negras que todavía no conoce, pero que le acompañan desde que tiene

memoria; tatuado en dos pares de pitones de los que cuelga ese destino que el torero sólo podrá leer cuando estén a un palmo de su femoral.

*"Es que cada vez (dice el torero) tienes más miedo. Porque es verdad que aprendes mucho en esta profesión: corriges defectos, asimilas cosas nuevas, importantes. Pero también cada vez conoces más el peligro. Hay reacciones de los toros que al principio, cuando eres más joven y más ignorante, pues no las veías. Y ahora las ves. Ahora le miras la cara al toro y sabes cosas que antes no sabías. Dices: este es muy astifino y se mueve así, y me puede herir. Y claro, por el conocimiento se te cuela el miedo".*

Cuando le preguntas al torero si es supersticioso, sonrío un poco. Y tarda en responder.

*"No mucho (dice). Antes del paseíllo, sin que nadie se dé cuenta, hago en el suelo el signo de la cruz con los pies, y me gusta adelantar el derecho al salir a la plaza... Creo que eso es todo. Lo que pasa es que hay gente que no se da cuenta de la tensión que tienes encima, de la cara que tienes cuando estás a punto de salir a torear, y llega y te dice cosas indiscretas, o mete la pata sin querer: yo te conocí el día que un toro te dio una cornada en tal sitio, y cosas así... Mi cuadrilla le salta y le pone mala cara. Malasombra, esaborío, le dicen. Pero yo digo*

*que da igual. Dejarlo, digo. El hombre es que no sabe. No tiene mala intención”.*

El padre se asoma a la puerta, fumando, haciendo esfuerzos por contener la tensión que le aflora a los ojos y a las manos. Son las seis y cinco cuando el mozo de espadas le pone al matador el chalequillo y las zapatillas.

*“Cuando se acerca la hora (dice el torero) se te olvida el mundo por completo. Cuando estás frente al toro ya se te ha olvidado lo demás hace rato; desde que sales del hotel camino de la corrida. Yo creo que el último pensamiento de un torero hacia su familia y el resto del mundo es ahora, cuando te estás vistiendo de luces. Después te concentras en lo que te espera, y ya sólo sois el toro y tú, hasta que acabas”.*

Los otros somos todos nosotros, el resto del mundo, todo lo que en estos momentos no sean él y los dos toros que aguardan en los toriles. Ese 37 y ese 17 a los que el torero adivina en penumbra, esperando lo que su instinto les anuncia: un arreglo de cuentas, un asunto pendiente con una silueta delgada y solitaria, de azul y oro, que será lo primero que vean cuando salgan, deslumbrados, a la plaza. Que será, también, lo último que vean en el mundo: unos ojos fijos en los suyos, el reflejo metálico de un estoque.

*"El días como hoy (dice el torero) ves a la gente un poco como marcianos, como si estuvieses en otro planeta. Yo creo que de verdad no se dan cuenta de lo que está pasando dentro de ti.. Hay gente que te ve vestido de luces y te piden un autógrafo y encima se enfadan porque no llevas bolígrafo. Y algunos te piden autógrafos hasta cuando estás santiguándote para hacer el paseíllo... Menos mal que con el miedo se te olvida la gente y se te olvida todo, que si no, aviado ibas. Es como aquel compañero, que a punto de empezar el paseíllo le dijo a uno: oye, si ves a mi padre por ahí, dile que tal cosa. Y se lo estaba diciendo a su padre".*

Son las seis y veinte y sólo falta la chaquetilla. Entonces el mozo de espadas se aparta un poco y el matador se acerca a la pequeña capilla instalada sobre la cómoda, pone los brazos en jarras y se queda allí, inclinada la cabeza, moviendo los labios en silencio.

Antes tuve tiempo de leer el primer párrafo de la oración mecanografiada: *Dios todopoderoso, que habéis padecido particularmente por mis pecados.*

Al cabo de tres minutos, el torero termina y toca despacio, una por una, la cruz y todas las estampas e imágenes que hay sobre la cómoda. Después besa las fotos de sus dos hijas. Le pregunto si hay algún torero que no crea en Dios, y pese a lo

serio que está, se ríe.

*Todos los toreros creen en Dios (responde). ¿Y sabes por qué?... Porque en cualquier corrida ocurren muchos milagros. Muchos. La gente no se da cuenta, pero el torero sí. Tú estás a un palmo del toro, y lo ves, y dices: ¡huy!*

Se persigna antes de meter los brazos en la chaquetilla que le tiende el subalterno. Después que queda un instante, inmóvil, y sus ojos recorren lentamente la habitación, como si se estuviera despidiendo de ella. Comprueba que todo queda ordenado, y después coge la montera y el capote de paseo.

*"Las ideas del toro son fundamentales (dice de pronto). Si lo dejas, aprende muy rápido. Por eso al toro no hay que dejarlo pensar".*

Lo ha dicho como si no viniera a cuento, al menos para quienes estamos a su alrededor. Pero para él no es, imagino, sino la expresión en voz alta de un largo soliloquio. Algo que lleva a solas, consigo mismo, quién sabe desde cuándo. Quizá desde toda su vida.

Ahora el torero se encoge de hombros, no sé si como conclusión al razonamiento o para ajustarse mejor la chaquetilla.

Todos salen al pasillo.

En el umbral, recortado en la claridad, el torero comprueba que todas las luces quedan encendidas hasta su regreso.

*"Es por los santos", dice.*

Al pie del ascensor, el público aplaude, se arremolina, mientras la cuadrilla le abre paso al matador. Suerte, maestro. Suerte en la plaza. Que Dios reparta suerte. Un autógrafo, maestro. Un abrazo. Hay amigos, aficionados, manos que se tienden para estrechar la suya.

El torero le sonrío al vacío, sus ojos pasan sobre todos, ausentes, como si no estuvieran allí.

Rodeado por su cuadrilla, el torero cruza el vestíbulo del hotel, baja los escalones y sale a la calle, donde aguarda el coche que lo llevará a la plaza. Antes de subir, toca una imagen de la Virgen que hay atornillada en el interior, junto a la puerta. Y entonces levanta el rostro y mira al cielo por última vez, entornados los ojos, resignado, absorto en un trance o un sueño.

*"Hoy (dice, como para sí mismo) va a molestar mucho el viento".*

Termino ya. Les he contado a ustedes cómo lo veo yo. Lo que de verdad me interesa y emociona de la fiesta de los toros. Mi imagen del torero. Y como estamos en esta Sevilla hermosa e increíble, quisiera acabar con unas líneas de esa novela que sobre esta ciudad escribí hace unos años. Unas líneas que me parecen adecuadas para el día de hoy.

*"Estaban los tres salvo, y aquello era Sevilla. Y el domingo toreaba Curro Romero en la Maestranza. Y Triana se erguía iluminada al otro lado del río, como un refugio, custodiada cual centinela impasible por el perfil de bronce de Juan Belmonte. Y había once bares en trescientos metros, en el Altozano. Y la sabiduría, el tiempo cambiante y la piedra inmutable aguardaban en el fondo de botellas de cristal negro y manzanilla rubia. Y en algún sitio, una guitarra rasgueaba impaciente, en espera de la voz que le templara una copla. Y después de todo, nada era tan importante. Un día, don Ibrahim, el Potro, la Niña, el rey de España y el papa de Roma, todos ellos estarían muertos. Pero aquella ciudad seguiría allí, donde siempre estuvo, oliendo a azahar y a naranjas amargas, y a dama de noche y a jazmín en primavera. Mirándose en el río por donde habían llegado y se habían ido tantas cosas buenas y malas, tantos sueños y tantas vidas".*

Muchas gracias.



Un momento del acto en el que Rosamar Prieto, Alfonso Guajardo-Fajardo y Alfredo Sánchez Monteseirín sonríen con una de las ocurrencias del pregonero

FOTOS: KAKO RANGEL

## «La fiesta de los toros que amo es la del respeto y el valor premiado; la de la muerte digna»

**Arturo Pérez Reverte** pronunció ayer el XXVI Pregón Taurino, en el que homenajeó a los toreros con una historia de vivencias reales

**P. G.** SEVILLA. El XXVI Pregón Taurino tuvo ayer, como viene siendo habitual, un cartel de lujo. El acto, organizado por la Real Maestranza de Caballería de Sevilla y el Ayuntamiento hispalense, dio comienzo con unas palabras de la delegada municipal de Fiestas Mayores, Rosamar Prieto, que alabó la iniciativa de la corporación maestrante de convertir la apertura de la temporada taurina sevillana en «un acto de alto nivel cultural», en línea con otras de las actuaciones que desarrolla. La delegada trajo al recuerdo nombres como los de Juan Maestre o el conde de Luna como ejemplos del talante aperturista de esta institución que se ha convertido «en una constante», representada ahora por el teniente de Hermano

Mayor, Alfonso Guajardo-Fajardo.

Prieto destacó, antes de que la Banda Municipal interpretara el pasodoble «Maestranza sevillana», la importancia de pregonar el apoyo a la Fiesta Na-

cional «en momentos como los actuales, con opiniones disidentes, respondiendo desde la intelectualidad».

Tras los sonos del pasodoble de Pedro Morales, el periodista Carlos Herrera tomó la pala-

bra para presentar al pregonero, trazando un paralelismo entre su trayectoria y la del torero sevillano de finales del XIX Antonio Reverte, al que se refirió como un «hombre de honor y diestro con personalidad propia». Al igual que a aquel torero, a «Pérez Reverte no le sirven los mansos» y «es capaz de enfrentarse a cuerpo gentil al conocido hierro de los medios», según apuntó Herrera, quien subrayó la «independen-

cia personal» de la que es amigo el escritor cartagenero. Remarcó su faceta de creador, autor de éxito, y el carácter de sus héroes, «independientes y valerosos», para concluir anunciando que el pregonero viene «a cortar orejas en esta ciudad» con «la verdad de su palabra. Asómbrenos». Carlos Herrera daba paso así a la «faena» de Arturo Pérez Reverte, a la que precedió los sonos del pasodoble «Amparito Roca».

### Espartaco: «Ha contado algunas vivencias más pero que pueden ser de todos los toreros»

Al término del acto, Juan Antonio Ruiz «Espartaco» señaló a ABC que había sido un pregón «muy bonito y conmovedor. Ha contado algunas vivencias más pero, supongo, que son las vivencias de todos los toreros». «Me alegro —añadió— de que para él aquellas vivencias fueran tan hermosas como las ha contado. Para mí el haber estado acompañado por él me sirvió para entender muchas cosas más

de la vida. Me siento orgulloso, feliz y agradecido de que haya podido venir a Sevilla a dar el pregón taurino». Carlos Herrera, por su parte, subrayó la faceta de Pérez Reverte como «gran contador de historias que sabe mantener muy bien la atención narrativa. Hay palabras que le van muy bien a Arturo como son respeto, vergüenza, honor, dignidad y valentía. Con eso, está dicho todo».

El pregón taurino llenó el aforo del Lope de Vega. En la presidencia del acto estuvieron el alcalde, Alfredo Sánchez Monteseirín; el teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería, Alfonso Guajardo-Fajardo; el teniente general jefe de la Fuerza Terrestre, Virgilio Sañudo; el subdelegado del Gobierno en Sevilla, Faustino Valdés; el delegado del Gobierno de la Junta, Demetrio Pérez, y el representante del Poder Judicial Antonio Reinoso. Entre los asistentes al acto se encontraba también el duque de Huéscar.

## Hermán Zurita muestra las faldas como obra de arte en la galería Murnau

«De toros sé muy poco. O lo justo. Yo de lo único que sé es de lo que sabe cualquiera que se fije. De animales bravos, de temple y de hombres valientes»

«Un toro nace para pelear con la fuerza de su casta y su bravura. Para vérselas cara a cara con alguien que le sobrevive, lo vence, sólo con talento, intuición, arte, experiencia, valor y temple»

«Cuando el actor Viggo Mortensen vino para preparar su personaje de Alaric le dije que lo único que en la España actual tiene algo que ver con aquel espadachín del siglo XVII es un torero»

**Carlos Herrera:**  
«Arturo es capaz de enfrentarse a cuerpo gentil al conocido hierro de los mediocres»



El pregonero junto a su presentador, Carlos Herrera



Juan Antonio Ruiz «Espartaco» y su esposa, Patricia Rato



Arturo Pérez Reverte departiendo con el duque de Húscar

Y llegó la hora de la verdad para el académico y escritor, quien reconoció que podía haber eludido la responsabilidad de este pregón «pero se trata de Sevilla, y por ahí me enganchó el pitón. De una Sevilla de la que estoy loca, perdidamente enamorado». Confesó Pérez Reverte que «de toros sé muy poco. O lo justo. Yo de lo único que sé es de lo que sabe cualquiera que se fije. De animales bravos, de temple y de hombres valientes». Sobre eso también habló pero antes rememoró momentos de su infancia; tardes de domingo en Cartagena, cuando «los psicoterapeutas, psicopedagogos y psicodermatológicos todavía no se habían hecho amos de la educación infantil y de la mano de su abuelo aquel niño «aprendió en las plazas de toros algunas cosas útiles sobre la vida y la muerte... aprendí a valorar, o empecé a hacerlo, las cosas que hoy valoro».

Cuando se habla de la fiesta de los toros en España, el pregonero asume que es «aficionado,

si. Lo soy. Pero ojo, según y cómo». En este punto, rechazó las «charlotadas» así como los toros de la Vega de Tordesillas y otras fiestas populares «en las que un animal indefenso es torturado hasta la muerte por la chusma que se ceba en él. Los toros no nacen para morir así».

Un toro, dijo, «nace para pelear con la fuerza de su casta y su bravura... Para vérselas cara a cara con alguien que le sobrevive, lo vence, sólo con talento, intuición, arte, experiencia, valor y temple». Si en este cara a cara «la muerte no jugase la partida de modo equitativo, parejo, el espectáculo taurino sería sólo eso: un espectáculo. No el rito trágico y fascinante que permite asomarse a los grandes misterios de la existencia».

Valor y dignidad fueron algunas de las claves que Pérez Reverte fue desgranando en torno a lo que acontece en un ruedo y, cómo no, el necesario silencio, «esa especie de comunión, espesa el vínculo entre la tragedia del albero y los ojos,

los sentidos de quienes, desde lejos, asisten al misterio de ese rito impasible. Por eso desprecio tanto a quienes lo quiebran o lo infaman».

### La actitud de los toreros

El pregonero se valió de estos argumentos para presentarse como «aficionado, modesto, a los toros, pero no a cualquier clase de toros. No a cualquier clase de lo que llamamos fiesta». A Pérez Reverte le gustan «los toros bravos hasta la muerte y los toreros tranquilos, lentos, callados y valientes que se les arriman». La emoción que le produjo el indulto de un toro en Burgos, con Enrique Ponce en el ruedo, le dio pie para afirmar su convicción en «la fiesta de los toros que yo amo. La del respeto y el valor premiado. La de la muerte digna, cuando llega para hombre o animal».

La actitud de los toreros, dentro y fuera del ruedo, fue otro de los motivos que centró su intervención. Y aquí recordó que cuando Viggo Morten-

sen vino a nuestro país para preparar su personaje de Alaric le dijo que lo único que en la España actual tiene algo que ver con aquel espadachín del siglo XVII «es un torero».

Hasta aquí, el pregonero se había limitado a realizar reflexiones en voz alta y en el tramo final no quiso renunciar a su vocación de contar historias. Tenía 32 años Juan Antonio Ruiz «Espartaco» cuando Arturo Pérez Reverte le acompañó durante un breve periodo de su vida profesional. «Quería comprender qué pone a un hombre frente a un toro. Sus reflexiones». Pensamientos sobre el valor, la dignidad y la condición humana que, en realidad, podrían pertenecer a cualquier torero. Su relato, a modo de pequeña historia, recorría las vivencias de un diestro horas antes de la corrida, «esperando el regreso de la cuadrilla, el informe sobre los toros que le han tocado en suerte, el estado de la plaza, el tiempo». La capilla portátil que ca-

da torero lleva consigo, sus santos y vírgenes, y entre ellos las fotos de su familia.

Los temores del diestro —«hay un miedo general y un miedo físico, concreto (confiesa el torero). El miedo concreto, muscular, que sientes en la parte del cuerpo donde se te puede clavar el pitón. Y sobre todo el que viene cuando repites lo que ya te costó una cornada...»—, sus deseos y la importancia del respeto. «Por lo general, la gente cree que, en la plaza, a un torero lo coge un toro por dinero o por afición. Pero la gente se equivoca. A la mayor parte de los toreros los cogen por pundonor; por su reputación. Por respeto».

La emoción y los nervios del padre del torero; el rito de vestir el traje de luces, la reacción del público... momentos acompañados de reflexiones sobre la vida y la muerte a las que el pregonero puso broche final con unas palabras dedicadas a Sevilla, «hermosa e increíble», sacadas de una de sus novelas.

Edición Especial para los amigos de iCorso

